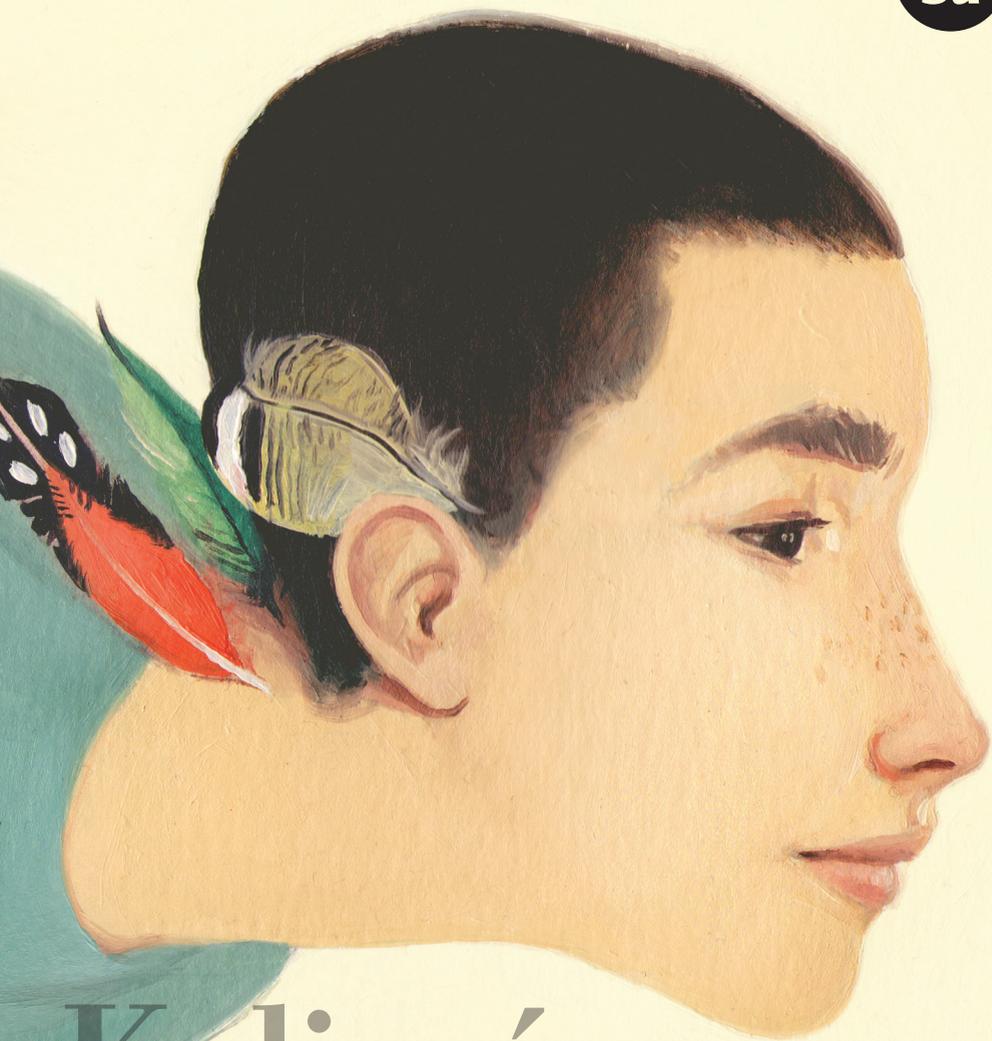


Àngel Burgas

bam
bú



Kalimán en Jericó

Pelaos de las calles, héroes de Medellín

Kalimán en Jericó

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2014, Àngel Burgas
© 2014, Editorial Casals, SA
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de la cubierta: David de las Heras

Primera edición: septiembre de 2014
ISBN: 978-84-8343-310-2
Depósito legal: B-16337-2014
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Kalimán en Jericó

Pelaos de las calles, héroes de Medellín

Àngel Burgas

**bam
bú**
EDITORIAL

Cuando estás en lo alto del monte y bajo tus pies se despliega una alfombra de valles de todos los verdes posibles, te preguntas si, en caso de convertirte en ave, te lanzarías a volar hacia el cielo o descenderías en picado planeando sobre los cerros y las copas de los árboles. Y te preguntas qué harían ellos, si también fuesen aves como tú. Si pudieran abrir esas alas que la vida se ha emperrado en no regalarles y echaran a volar, por fin libres, desde este mirador.

–Yo me lanzaría en picado sobre los arbolitos. Buscaría una rama bien rica y construiría mi nido. Para que no me moleste nadie.

–¿Te quedarías solo? ¿Otra vez solito allá arriba?

–Sí, cierto. Solito. Como siempre. Ya estoy acostumbrado. Que no me moleste nadie.

Se llama Julio, tiene catorce años y permanece con los brazos apoyados sobre la barandilla de madera del mirador. Observa el hermoso paisaje que se extiende bajo nues-

tros pies, a cientos de metros, y luego cierra los ojos. Con una mano agarra por el cuello una botella de refresco de naranja y, a cada rato, se la lleva a la boca para sorber el contenido a través de una pajita.

–¿Y vos? –me pregunta, de repente–. ¿Vos para qué viniste a Faro?

1. Llegada

Me quedé completamente dormido a la hora y media de salir de Medellín. Acunado por el ronroneo del motor del autobús, no desperté hasta que el vehículo empezó a subir el último tramo del monte, acercándonos a Jericó. Abrí los ojos y, junto a un leve síntoma de mareo, me sacudió la visión de los valles que se abrían bajo el precipicio de la carretera. No imaginaba que el pueblo de Jericó estuviera tan alto.

El autobús se detuvo en una calle que desembocaba en la plaza central, llena de vida a aquella hora de la mañana. Carritos de vendedores de golosinas, de carteras de cuero; pequeños establecimientos ambulantes donde freían patatas, bananas y yuca. Vendedores de sencillas cometas y otros artefactos de plástico que los chavales lanzaban al aire como flechas. Las puertas de la catedral estaban abiertas, así como las de los bares que se sucedían en la terraza elevada del ala izquierda de la plaza, cuyas mesas y sillas

exteriores acogían a unos pocos visitantes que desayunaban arepas y café con leche.

En una de esas mesas me esperaba Consuelo. Llevaba el pelo atado en una cola de caballo y leía un libro. Cola de caballo y libro en las manos, esas eran las indicaciones para reconocerla. De mí sabía que era un europeo alto.

–¿Qué tal el viaje? ¿Pudiste dormir en el bus?

–Como un tronco.

Consuelo pidió un café para mí al camarero. Me confesó que ella tomaba ese mismo transporte cada vez que venía a Jericó, que era una a la semana, y que también conseguía dormirse rapidito gracias al madrugón que se pegaba, y que entonces las cuatro horas se le pasaban volando y tenían la forma del sueño que soñaba ese día.

–Yo vengo los lunes a impartir un taller de lectura y escritura. Pero esta semana, sabiendo que llegabas, lo aplazamos para hoy jueves. Llegué de Medellín anoche para hablar con Fabio y prepararlo todo. Madrugué en casa de una amiga.

Delante de nosotros se desplegaba la plaza y sus gentes, y sus árboles frondosos. Una espectacular palmera, de hojas bien tupidas y tronco ancho, crecía en su parterre. Detrás de ella y de las casas que daban a la plaza, asomaba el montículo verde sobre el que se erguía una estatua gigante y blanquísima que representaba un Cristo con los brazos abiertos.

–Fíjate en los guayacanes. Fíjate en ese, qué flor tan hermosa. Uno como ese crece al lado de mi casa, en Medellín. No sabes la de veces que me siento con un cafecito a ver cómo se desprenden sus flores y bailan, dando vueltas, ligeras como plumas, antes de caer al suelo.

Consuelo hablaba en un tono que todo lo embellecía, dijera lo que dijera. Es la capacidad poética que tienen algunas personas, sensibles en la forma aunque no es necesario que lo sean en el fondo. Imaginé que la mujer estaba tan acostumbrada a ver cosas feas que acentuaba la presencia de las bellas con la expresión y el lenguaje.

–Fabio es quien dirige actualmente la Fundación y tiene a su cargo tanto a los monitores como a los chicos. Fabio nos llevará en su carro. Un lujo. A mi normalmente me toca subir en un motocarro que alquilo aquí cerca. Voy de paquete, detrás del chofer. Si te quedas varios días, mucho me temo que a tus nalgas les tocará vivir esa ridícula experiencia.

Le conté que me costó dar con el chico a quien venía a conocer. Que sospeché que sería difícil, pero no imaginaba que tanto. Tenía los datos, e incluso los contactos que Lola y Miguel me habían proporcionado. Había hecho unas cuantas llamadas desde Barcelona para asegurar que mi viaje no sería en vano y que el objeto de mi búsqueda estaba aún bajo control.

Y luego resultó que no. Que había desaparecido y ya nadie sabía nada. La gente con la que había hablado desde Barcelona se disculpaban. «Ya sabe usted cómo son los pelaos. Un día están y al siguiente ya no. Imprevisibles. Siempre a salto de mata, los pobres.»

Un «pelao» es un niño, un chico menor de edad. Medellín está lleno de pelaos que no tienen adonde ir y que viven en la calle. Yo vine buscando a uno, y parecía que al fin había dado con él.

–Has tenido suerte –aceptó Consuelo con una sonrisa–. Muchísima suerte, se podría decir. Aunque haya sido difí-

cil y te haya costado, consuélate pensando que lo más normal habría sido perderlo para siempre.

–¿Le conoces bien? –le pregunté.

–Sé quién es Adrián. Charlamos de vez en cuando. Lo tengo en el grupo durante los talleres. No es de los que más habla, pero tampoco de los que se cierran en banda.

Consuelo me prometió que me ayudaría a presentarme y a decirle a qué había venido y lo que pretendía.

Fabio era mucho más joven de lo que imaginaba: tendría unos veintiséis o veintisiete años. Estrechamos las manos y se sentó a la mesa tras pedir un café al camarero. Él no dormía en la Fundación, sino en el pueblo, en un piso que tenía alquilado con su mujer, que también vivía y trabajaba en Jericó. A través de ella, me contó, habíamos conseguido que una compañera del trabajo me alquilara una habitación en su apartamento.

–Ya sé que es imposible saber cuántos días vas a estar aquí, pero Carmina, así se llama la chica, tiene la habitación libre. Acordamos un precio por semana, si te parece bien.

–Te lo agradezco.

Fabio me explicó lo que Consuelo había resumido con su hablar poético: los chicos eran enviados a la casa de la Fundación Faro a través de las oficinas de Bienestar Familiar y Diagnóstico de Medellín. La mayoría estaban recién sacados de las calles de la ciudad a raíz de una operación policial. El resto, los menos, venían directamente de sus familias: alguno de sus miembros, a veces los propios padres, o los abuelos, o los tíos, se había puesto en contacto con la Fundación para preguntar por el programa de reinserción que ofrecía.

–En ambos casos –me aclaró Fabio–, estamos hablando de estratos sociales bajísimos, sin cultura ni plata, normalmente con conflictos importantes a la espalda. Son chicos de doce a diecisiete años que han pasado su infancia drogándose o vendiendo su cuerpo por unos pesos. Tenemos asesinos, incluso; pelaos que han sentido ya el vértigo de matar, de quitar la vida a otro, y eso les descoloca, no lo entienden, se arman un lío.

La Fundación no era una escuela. O sí, recapacité Fabio, pero no una escuela de libretas, pizarras y lecciones, sino una escuela de la vida.

–Nuestro objetivo no es que aprendan conocimientos, sino actitudes. Que sepan valorar, que sepan agradecer, que sepan qué significa ser responsable o prudente. Ellos no conocen el valor de conceptos como gratitud, escrúpulo, futuro, meta o conmiseración porque no los han experimentado nunca. Están aquí para que se tomen estima los unos a los otros, para que valoren y evalúen las acciones actuales y las que llevaron a cabo en el pasado. Para que sepan qué es la solidaridad, el compañerismo, la autoridad e incluso el dolor. No un dolor físico, que ese, la mayoría, por desgracia, lo conoce demasiado bien, sino el dolor del alma, el dolor que produce perder, abandonar o humillar a otro. Eso es lo que esperamos sacar de esos ángeles caídos de la calle. De lo demás –me confió Fabio–, más bien poco: el setenta por ciento son analfabetos. Algunos solo saben escribir su nombre.

Yo llegué a Jericó empujado por una historia. Porque soy muy dado a escuchar historias, también a contarlas. Viví durante muchos años para el deporte. El baloncesto,

concretamente. Jugué en equipos de primera hasta que la edad me obligó a abandonar la competición de alto nivel y pasar a ser entrenador en equipos más humildes.

Las historias que me cuentan los chicos a los que entreno deben de ser muy distintas a las de esos que voy a conocer ahora en Faro. Pero no dejan de ser historias: de superación, de anhelos, de impotencia.

La historia que me llevó a Jericó tiene un final abierto. Cuando me la contaron, sentí la necesidad de cerrarlo. Pocas veces, lo reconozco, una historia me impresionó tanto como esa, la de Miguel y Lola en Medellín. Miguel fue compañero mío en el equipo con el que jugué mis últimas competiciones. El verano pasado, Miguel y su mujer viajaron a Colombia por vacaciones. Tras visitar Cartagena de Indias, Santa Marta, Cali y Bogotá, pasaron unos últimos días en la ciudad de Medellín.

LA HISTORIA DE MIGUEL Y LOLA EN MEDELLÍN

Durante el desfile de las flores, a principios de agosto en la ciudad de Medellín, Miguel y Lola ocupaban su plaza en una de las graderías levantadas para la ocasión en la Avenida del Río. En la acera de enfrente, donde se emplazan los medellinenses sin necesidad de pagar los cincuenta mil pesos que cuesta una plaza en las gradas cubiertas, descubrieron a un niño solo. Era un niño extremadamente pecosó, no harapiento pero sí pobremente vestido. Llevaba una gorra con visera en la cabeza y andaba descalzo. Un vecino de la grada les comentó que los espectadores de primera

fila en la acera contraria llevaban ahí desde la noche anterior o la madrugada. Lola, tras fijarse en el niño solo, le comentó a Miguel que el chaval, con lo pequeñito que era, tal vez se habría colado entre la gente; que seguramente no había pasado la noche en la calle para obtener el mejor sitio. Justo acababa de decir eso cuando un hombre mayor que lucía un sombrero paisa en la cabeza amonestó al niño. Ellos no lo oyeron, pero el hombre parecía realmente enfadado. Sus vecinos, al parecer, decidieron apoyarle, y el niño recibió una sarta de insultos a los que parecía no hacer caso. Los insultos pasaron a gestos, y los gestos a empujones: el niño, impasible, era zarandeado por unos y otros hasta que, entre todos, consiguieron echarle hacia atrás y desapareció de su vista.

–Tienes razón –dijo Miguel–. El niño se coló, y ahora han descubiertó su fechoría.

–Ese hombre del sombrero de *cowboy* sí que debe de llevar reservando plaza desde la madrugada –observó Lola.

–No es de *cowboy* –la corrigió Miguel–. Es el típico sombrero antioqueño.

–Usted perdone –se burló Lola, sin dejar de buscar al niño con los ojos.

Todavía quedaba más de una hora para que el desfile pasara por delante de la gradería, y el sol era de justicia. La gente se entretenía consumiendo cerveza y refrescos que los vendedores ambulantes ofrecían. Lola, sentada en un banco de la segunda fila, no paró hasta descubrir por dónde intentaría el niño colarse de nuevo. Deseaba que lo consiguiera y que esta vez tuviera más suerte y los «asaltados» le permitieran quedarse para ver el desfile desde una posición privilegiada.

–Es tan pequeño... y me pareció que estaba tan solo...

Lo vio cinco minutos más tarde. Y no colándose disimuladamente entre los cientos de cuerpos que formaban una barrera en el arcén, sino encaramado a las ramas de un árbol. Lola, con los ojos y la boca abiertos, informó a Miguel del descubrimiento.

–¡Está ahí! ¡Subido al árbol, a horcajadas sobre esa rama! ¡Como un gatito!

Sin que nadie le estorbara, sin que nadie se metiera con él, viéndolo todo desde una perspectiva inmejorable, el niño-solo-gato presenció el tumultuoso desfile repleto de alegría y colorido. Los *silleteros*, algunos de edad avanzada, cargaban a sus espaldas enormes monumentos de flores que estallaban en el aire como fogonazos de naturaleza sobre el asfalto. En la historia de Antioquia, los antiguos silleteros poblaban el medio rural y soportaban a sus espaldas cargas cuyo peso alcanzaba los setenta y cinco kilos. Esa carga podía ser de mercancía o de pasajeros y, con ella a cuestas, se desplazaban hacia los centros de comercio. Actualmente los silleteros son artesanos florales que, durante la Feria de las Flores, desfilan con sus esculturas vegetales a la espalda. Miguel y Lola estuvieron aplaudiendo las vueltas que daban para que los congregados en la avenida pudieran ver las composiciones de flores que cargaban, y ella, de vez en cuando, lanzaba miradas al niño gato que, invariablemente, cada vez que ella lo buscaba con los ojos, la estaba observando fijamente. Miguel no se dio cuenta de ello hasta muy avanzado el desfile.

–El niño del árbol no nos quita los ojos de encima, ¿te has dado cuenta?

–Tal vez porque sabe que no dejó de mirarlo –dijo Lola.

Y era cierto. A pesar de lo maravilloso que le parecían el esfuerzo, las flores, los vestidos y la música, lo que más impresionó a Lola esa tarde fue el niño que estaba encaramado a la rama como un gato.

Tras el desfile, cuando ya empezaba a anochecer, la avenida era un ir y venir de gente. Espectadores, vendedores, policías, participantes. La calle estaba llena de cachivaches en los que se vendía de todo, y un ligero viento levantaba a su paso una alfombra de papeles, envases, latas y abanicos o gorras de papel de propaganda que la gente había abandonado a su suerte. Miguel y Lola, recién pisaban el asfalto tras descender de las gradas, cuando vieron al niño gato de pie delante de ellos. Les escrutaba con la misma insistencia con la que les había estado observando durante las dos horas que duró el desfile. Estaba a cinco pasos, inmóvil, las manos en los bolsillos de los raídos vaqueros. No les sonreía, pero tampoco les amenazaba. Sus ojos miraban con curiosidad. Curiosidad y un punto de recelo.

–¿Te gustó? –le preguntó Lola, de golpe, dejando a Miguel perplejo: Lola era más bien tímida y apocada ante los desconocidos.

–¿Qué cosa, pues? –preguntó el chico.

–El desfile, los silleteros... Todo. Estoy segura de que pudiste verlo de maravilla desde la rama.

El niño sonrió sin decir palabra.

–Todo fue muy raro. Muy natural, pero muy raro –me contó Miguel unas semanas después en Barcelona, sentados

cómodamente en el sofá de su casa—. Lola enseguida quiso saber todo sobre él: dónde vivía, si tenía hambre, si no le dolían los pies de andar descalzo... cosas sencillas, que a mí también me intrigaban pero que no podían preguntarse a la vez, porque intuías que las respuestas iban a ser descorazonadoras. Con eso quiero decir que antes de llegar al puesto donde vendían empanadas, cerca de la avenida, Lola y yo ya habíamos oído las palabras *huérfano*, *calle*, *drogas* y *atracos* pronunciadas por un niño que solo tenía doce años. Eso nos descolocó a los dos, pero también pensamos que ya era demasiado tarde para echarnos atrás y decirle: «OK, chaval, buena suerte en la vida, que nosotros nos vamos al hotel a descansar un ratito.» No, no podíamos hacer eso. Adrián, a partir de ese momento, ya formó parte de nosotros y de nuestra experiencia en la ciudad.

Adrián vivía en la calle. Primero había muerto su papá; luego su mamá le abandonó, y finalmente falleció su abuelita, que siempre le había apoyado. Se había quedado solo en el mundo, pobre Adrián, con solo diez años. Llevaba dos en las calles de Medellín, sobreviviendo como podía, traficando con drogas, robando y enganchado a todos los vicios.

—Contado aquí suena raro —me advirtió Miguel—, y cuesta imaginarte a un niño tan niño atrapado en las redes del sacol, un pegamento que se puede adquirir en ferreterías, y otras cosas que consumen por las calles. A Lola y a mí nos sorprendió todo lo que nos contaba Adrián esa noche. Nos pidió dinero, claro, y dijo que en esos días, por fin, había visto la luz... O, mejor dicho, un poco de luz después de tanta tiniebla. Como si una experiencia terrible sufrida hacía poco le obligara a darse cuenta de que su vida iba por muy mal

camino, y que tal vez estaba más cerca de la muerte que de la salvación. «Puedo buscarme metas», nos repitió un montón de veces. En varias ocasiones pillé a Lola secándose las lágrimas de los ojos. En otras muchas, no pudo evitar acariciar el cráneo pelado de Adrián con una inmensa ternura.

Después de invitarle a cenar en un restaurante, se acercaba la hora de la despedida. Lola no podía imaginarse diciendo adiós al niño sabiendo que iba a dormir en la calle, posiblemente en uno de los portales terroríficos de la zona conocida como los «párquines de la droga», en el centro, allá por la Catedral Metropolitana.

—¿Y qué podemos hacer, Lola? —le preguntó Miguel, aprovechando que el niño había ido al lavabo—. No formamos parte de su vida. Adrián es autosuficiente desde hace un montón de años. Él sabe cómo espabilarse, ¿no te parece?

—Llevo una tarjeta de crédito en la cartera, Miguel. Ese niño hoy duerme en el hotel, y mañana se ducha y desayuna como Dios manda.

—¿Crees que le vamos a ayudar con eso? ¿No te parece que mañana por la noche se va a sentir peor cuando vuelva a la calle y a la droga, y tenga que renunciar a la confortable vida del turista con dinero?

—No lo sé —reconoció Lola, desafiante—, pero el niño hoy duerme bajo techo.

Adrián se mostró reacio a aceptar la invitación de sus nuevos amigos. Al final le convencieron y llegaron al hotel en un taxi. El recepcionista puso mala cara, pero no hizo preguntas. Cargó a la cuenta de la pareja la habitación donde iba a pernoctar Adrián. Lola le obligó a ducharse y le regaló una camiseta de Miguel que

el niño usó como pijama. Lo acostó, le cubrió cariñosa con el embozo de la sábana limpia y le deseó las buenas noches. Miguel se acostó con la sospecha de que, a la mañana siguiente, el niño habría desaparecido sin despedirse y tras robar todo lo que pillara en su habitación circunstancial.

Pero eso no sucedió. Lola despertó a Adrián, que se hizo el remolón bajo las sábanas. Luego se tomó un baño con espuma mientras Lola bajó al centro comercial cercano al hotel y le compró unos pantalones, un jersey, ropa interior y unas deportivas. Desayunaron los tres y pasaron el día juntos. El niño, orgulloso con su nuevo atuendo, su perfume y sus amigos, los llevó a la exposición de pájaros y orquídeas en el jardín botánico.

–Nos íbamos al día siguiente –me contó Miguel–, y esa era nuestra última jornada en Medellín. Lola estaba asustada. No podía hacer nada para cambiar el destino trágico del niño. Lo íbamos a abandonar a su suerte, a ese futuro sin posibilidades. Insistimos para que nos diera una dirección o el teléfono de algún conocido a quien pudiéramos llamar desde España; alguien que nos mantuviera al corriente y a través del cual pudiéramos ayudarlo. Adrián no conocía a nadie ni tenía amigos. No podíamos llevárnoslo, claro. Eso es lo que habría querido Lola. Adrián aceptó que lo acompañáramos a una oficina de Bienestar Familiar de la que nos habló la recepcionista del hotel. Nos entrevistamos con una mujer que nos atendió muy amablemente y que luego habló con el niño. «Adrián está indefenso. Alguien tiene que cuidarle», insistía Lola. La mujer y Adrián hicieron un pacto: el pequeño se comprometía a dejarse ayudar

por los servicios sociales e iniciar, cuanto antes, un tratamiento de desintoxicación y un proceso de reinserción en algún centro de acogida de niños de la calle. Adrián prometió a Lola que cumpliría con su parte del trato.

Esa última jornada cenaron juntos cerca del hotel y Adrián pasó una segunda noche bajo techo. A la mañana siguiente, los temores que habían asaltado a Miguel el día anterior se confirmaron: el pequeño no estaba en la cama cuando fueron a despertarlo. El recepcionista les contó que el niño había madrugado y le había confiado un mensaje para sus benefactores.

–Dígales que son muy queridos. Y que nunca sé despedirme.

Al llegar a Barcelona, Lola se puso en contacto enseguida con la mujer de Bienestar Familiar. Adrián apareció al cabo de dos semanas por las oficinas. La mujer llamó a Lola para contarle que había llegado en unas condiciones horribles, drogado y herido, y que habían optado por hacerse cargo de él de manera urgente.

Lola y Miguel me hablaron de Adrián en cuanto les informé sobre mi próximo viaje a Medellín. Me pasaron el teléfono de la oficina de Bienestar Familiar y la dirección del centro en el que habían acogido al niño. Hice mis pesquisas cuando llegué a la ciudad. Hablé con la mujer que Lola y Miguel habían conocido, que me confió que Adrián se había escapado del centro donde estaba internado y que no tenía noticias suyas. En ese centro pude hablar con varios asistentes sociales, voluntarios e internos. Uno de ellos me habló de Faro: «Adrián había hablado de Jericó;

de salir de la ciudad para intentar su rehabilitación en el campo, lejos de las tentaciones y de las calles.» Tras varias llamadas y entrevistas, conseguí saber que, efectivamente, Adrián estaba en Jericó.

Yo le traía una noticia: Lola y Miguel habían iniciado los complejos trámites internacionales para conseguir su custodia en España.

FARO

Nos montamos en el 4x4 de Fabio, con Consuelo. Salimos de Jericó y en cuanto hubimos dejado atrás la última calle asfaltada emprendimos ruta por una pista. Consuelo me contaba su trabajo en la Fundación: una vez por semana impartía talleres de lectura y escritura a los chicos, financiados por la Fundación Taller de Letras Jordi Sierra i Fabra, de Medellín. Consuelo, con su certero y poético hablar, les mostraba la belleza de las palabras que escribieron tantos autores; les leía sus historias, les proponía utilizarlas para comprender el mundo.

–Les digo que no todo es lo mismo. Que ellos han tenido la mala suerte de vivir experiencias más bien tristes, pero que en el universo hay historias hermosas. Les digo que la suya, en el futuro, puede ser una de ellas. Que las experiencias de aventureros, bromistas, piratas o princesas les pueden ser de ayuda. A los chicos les encanta saber que hay mil lenguas en el planeta; que hay hombres y mujeres que no hablan español, que tienen palabras raras que se pronuncian de modo distinto. Me piden que les cuente en inglés, o en francés. ¡Tenés que verlos como se ríen oyén-

dome hablar en otro idioma! No entienden nada, claro, pero les encanta. A veces he venido con un compañero de la Fundación que imita los distintos acentos hispanoamericanos, el peruano, el cubano o el argentino, y le suplican que les lea los cuentos con ese deje particular del español de otros países.

Cuando dejamos atrás las últimas casas, nos rodeó la naturaleza. Una vegetación frondosa y rica similar a la que me acompañó en el último tramo de camino antes de llegar esa mañana al pueblo. Más arriba, algunos barrios con solo tres o cuatro casas, y luego una escuelita con alumnos que nos saludaron con la mano.

El camino se hizo difícil, lleno de baches, pedregoso y más seco. Fabio me contó que algunos chicos lo recorrían a pie cada sábado, cuando iban a Jericó a tomar unas clases en la escuela del pueblo. En automóvil eran quince minutos, pero ellos necesitaban andar una hora entera.

Y justo cuando Fabio me señalaba con el dedo la finca que veíamos a lo lejos y que era la sede de la Fundación donde vivían los chavales, un niño nos salió al paso en medio del camino. Fabio frenó en seco y Consuelo lo miró, preocupada. El niño reconoció el coche y se acercó mientras Fabio bajaba la ventanilla.

–¿Adónde vas? –le preguntó.

El niño nos dio los buenos días. No parecía triste.

–Me voy, pues –anunció.

–¿Te vas? ¿Adónde te vas? –insistió Fabio.

–A Medallo. Ya no me apetece estar en la casa.

–¿Y crees que estarás mejor en la calle?

–Yo no sé –reconoció el chico.

Consuelo me observó mientras negaba con la cabeza. El chico me descubrió sentado en los asientos posteriores del coche.

–Buenos días, señor. Bienvenido a Faro –me saludó.

–Óigame bien, Julio: usted no va a ir a ninguna parte –le dijo Fabio, bien serio–. Su familia no puede acogerle, pero nosotros sí. Aquí está cuidado, y sigue su proceso con el resto de compañeros. Todo lo que hemos vivido juntos no va a servir de nada si se vuelve a la calle.

–Pero mi familia...

–Tu familia tiene suficiente con lo que tiene –le interrumpió Fabio, tuteándole de golpe, las manos en el volante–. Tu familia no tiene trabajo, no puede ponerte cada día un plato de comida en la mesa. Eso lo sabés bien. En los últimos tiempos no has sobrevivido gracias a tu familia, sino gracias a la Fundación y a ti mismo, que luchaste contra todo lo maluco que te ha tocado vivir por el centro de Medellín. Y me contaste que no quieres más eso, ¿o no, Julito? Que ahora tocaba buscar nuevas metas...

–No estoy a gusto en Faro –le interrumpió entonces el chico–. No me adapté, Fabio. No me entendí con los compañeros...

–¿Te han dicho ellos lo que piensan?

–Sí, claro. Nos hemos reunido, como siempre. Ellos han hablado y yo he hablado. Y no quiero seguir aquí, Fabio. Prefiero volverme a casa.

–¿A casa? ¿Qué casa? –Fabio pareció enfurecido de golpe.

–¿Cuánta plata llevás? –le preguntó Consuelo–. ¿Cómo vas a llegar a Medellín?

–No llevo nada, ni medio peso. Pediré por las calles de Jericó hasta conseguir para el billete.

Consuelo y Fabio, taciturnos, se miraban el uno al otro sin decir nada. Luego Consuelo se sacó un monedero del bolso y le alargó un billete a Julio.

–Con eso te llega para el pasaje. Óyeme bien, Julito: yo esta noche me voy para Medellín. Solo te pido que te lo pienses. Quédate por Jericó hasta la tarde, y luego reúnete conmigo en cualquier bar de la plaza. Valora si vas a hacer bien yéndote tan de golpe. Solo hace dos semanas que estás aquí. Poco tiempo, Julito. Demasiado poquito. Piénsalo bien y luego me buscás y hablamos. Si no hay solución, te montás conmigo en el bus y viajamos juntos hasta la ciudad, ¿cierto?

–Gracias, Consuelo, es usted muy buena.

–Y yo pensé que tú eras más listo.

–¿No prefieres pensártelo ahora? –insistió Fabio, más resignado–. ¿No te parece mejor montarte en el carro y llegar con nosotros a Faro? Te propongo hablar en mi despacho, sin prisas.

–No, Fabio. No voy a volver –insistió el chico, sin dudar ni un segundo y sin dejar de mirarme, entre curioso y divertido.

–Es el amigo de unos conocidos de Adrián. Viene de visita desde España –le informó Consuelo.

–Mucho gusto –me saludó de nuevo.

Fabio negaba con la cabeza. Le suplicó que tuviera cuidado; que no volviera a las andadas y que ya sabía dónde podía volver siempre que quisiera.

–Estaremos esperándote con los brazos abiertos.

–Gracias, Fabio. Dios les bendiga.

El chico de despidió con saludos y más bendiciones y siguió su camino. Fabio arrancó el coche y Consuelo guardó el monedero en el bolso.

–Siempre es así –dijo Fabio–. Nadie les obliga a quedarse. Son libres de hacer lo que quieran, pero intentamos que cumplan íntegro el proceso. Los que no son capaces, porque les tira el vicio o no les gustan las normas, se van. Cuando uno decide irse, los responsables organizamos una última reunión con todos los compañeros. De pie y en círculo, le pedimos al que se quiere marchar que exponga sus razones; le exigimos que hable sin miedo ni vergüenza; que diga por qué quiere irse. Los demás también dan su opinión, siempre en abierto, siempre a cara descubierta. Hay compañeros que le piden que se quede y le cuentan, desde su punto de vista, las virtudes de Faro. Los que no le aprecian tanto, se limitan a callar o le exponen su parecer. Ese círculo de opiniones es el último paso antes de irse.

–¿Crees que acaban de reunirse todos en círculo para opinar sobre la huida de Julio? –pregunté.

–Exactamente. Ya ves, nadie le ha convencido. Deberían haber esperado a que yo llegara. Si no lo han hecho, es porque Julito ha insistido, temeroso de que yo pudiera convencerle.

–No me va a esperar esta tarde en Jericó –pareció lamentarse Consuelo–. Lo sé leer en sus ojos. Julito va a volver a perderse en las calles. Y tal vez esta era su última oportunidad para salir de ellas.

Nos quedamos callados el resto del camino hasta llegar a la casa.

Eran dos edificios de dos plantas a los que se accedía a través de dos verjas metálicas contiguas. Cruzamos algo parecido a un barranco antes de llegar. Consuelo me explicó que por allí pasaba un río en el que los chicos iban a bañarse cuando el día estaba bueno. También me contó que el segundo edificio era un geriátrico, una residencia de ancianitos.

–No pertenece a la Fundación, sino a una institución religiosa que se hace cargo de los abuelitos desahuciados. Muy triste. Puedes pensar que hay futuro todavía para los niños de la calle, pero no lo hay para los viejitos. Están ahí para terminar su vida. Es la última estación antes de la muerte.

Fabio descendió del coche para abrir una de las verjas de hierro. Inmediatamente, una legión de niños de distintas edades se acercó para darle los buenos días. Los chicos no estaban particularmente contentos, o eso me pareció a mí. Observaban el coche y sus ocupantes mientras Fabio manejaba para entrar y aparcaba en la zona delantera. Luego bajamos los tres, y los chicos saludaron a Consuelo sin dejar de mirarme, llenos de curiosidad. Uno de ellos tenía que ser Adrián.

Todos eran menores de edad: esa era condición inexcusable para seguir el proceso en la Fundación. La mayoría eran de tez bastante oscura. Pocos blancos, pero también pocos negros. Fabio les dijo mi nombre y me presentó como un amigo de España que hasta hacía poco era jugador de baloncesto. Algunos me dieron la bienvenida y comentaron lo alto que les parecía. Tal como me había advertido Consuelo, lo primero que me preguntaron fue por la lengua que hablaba. Me pareció sorprenderles con el anuncio

de que hablaba español pero que mi lengua materna era el catalán. En un segundo, llovieron mil súplicas para que les hablara en catalán, «¡El idioma del Barça!», añadió uno de ellos.

–*Bé, doncs, vinc de Barcelona i estic molt content de poder-vos saludar i de compartir unes hores amb vosaltres.*

Se echaron a reír como locos. Alguno se desternilló de la risa, y busqué complicidad en los ojos de Consuelo.

–Si ya te decía yo...

Quisieron oírme hablar en otros idiomas.

–¿Sabe usted francés?

–¿Puede decir algo en inglés?

–¿Habla chino?

Consuelo, teatralmente indignada, les suplicó que dejaran de molestar al recién llegado y que se apresuraran a colocar las banquetas en la galería para iniciar el taller de lectura.

–¿Va a leernos usted algo, señor? –me preguntó uno de ellos.

Consuelo les prometió que lo haría.

–¡Podrán escucharle hablar con su español tan cómico! E incluso les puede contar alguna historia bien asustadora en catalán, ¿qué les parece? ¡Van a ver cómo se cagarriñean de miedo los niños catalanes con esas historias!

La galería cubierta era el espacio donde se desarrollaban las actividades comunes y en el que los chavales pasaban la mayor parte del día, a resguardo del sol y de la lluvia. Las columnas que sustentaban la pérgola estaban pintadas con escenas de niños jugando, familias y personajes de cuento. Fabio me explicó que los dibujos los había

hecho un ilustrador catalán, Ignasi Blanch, y que los chicos los habían coloreado a su gusto con pintura plástica.

Mientras Consuelo, ayudada por los monitores o vigilantes, dirigía la disposición de las banquetas en círculo para realizar el taller de lectura, Fabio me mostró las instalaciones. Íbamos de camino hacia su despacho, en el piso superior, al lado de las habitaciones con literas en las que dormían los chicos.

Cuando llegamos al despacho, descubrí a un niño que nos esperaba sentado en una de las sillas.

–Buenos días, Adrián –le saludó Fabio–. Quiero presentarte a Santiago, que viene de Barcelona.

–Mucho gusto –respondió el niño enseguida. Luego se puso de pie y me tendió la mano para estrechar la mía.

ADRIÁN

El niño gato que habían conocido Miguel y Lola en Medellín tenía, ciertamente, una mirada felina. Gato no solo por haberlo imaginado siempre encaramado a una rama, sino desde entonces también por esa mirada penetrante, un poco esquiva y un poco a la defensiva con la que me observaba en silencio mientras Fabio le contaba quién era yo y por qué estaba en Faro.

–¿Te acordás de ellos, pues, Adrián? –le preguntó Fabio–. ¿De los señores españoles que te acogieron en su hotel durante la Feria de las Flores?

–Sí, claro que los recuerdo –dijo el niño, sin quitarme los ojos de encima.

–Me hablaron mucho de ti, Adrián. Me contaron lo bien que lo pasaron contigo. Y lo mucho que te quisieron esos días en Medellín. No se han olvidado de ti, te lo aseguro.

–Fueron muy queridos –dijo el niño tras una pausa que me pareció muy larga.

Fabio me miró de reojo y bajó los párpados despacio, como indicándome que era normal la reacción y que tuviéramos paciencia.

–Lola y Miguel supieron que yo iba a viajar a Medellín y me pidieron que te encontrara. Pensé que estarías en el centro de acogida, pero resultó que ya no estabas, que te habías ido –le resumió.

El niño, inexpresivo, miró a Fabio. Este le sonrió y asintió con la cabeza. Luego Adrián bajó los ojos y se quedó contemplando sus viejas deportivas.

–No me gustaba esa casa, señor –dijo, bajando mucho la voz–. Por eso me fui.

¿Y adónde te fuiste, pues? –le preguntó Fabio–. Antes de llegar a Faro, ¿dónde estuviste, niño?

–Yo no sé... Por las calles.

–¿Consumiendo? –preguntó Fabio todavía.

El niño se encogió de hombros. Luego suspiró dramáticamente y afirmó con la cabeza.

–Pero ya lo dejé, Fabio. Ya me quité del vicio, pues.

Fabio se levantó de su butaca y se puso a dar vueltas por el despacho mientras hablaba.

–Prometiste a esos señores de Barcelona que ibas a dejar que te cuidaran y que saldrías de la calle y del vicio. Esos señores quieren saber que estás bien, y que has decidi-

do cambiar. Quieren ayudarte. Ayudarte mucho, niño. Pero para ello necesitan estar seguros de tu fuerza de voluntad.

–Ya me quité del vicio –repitió el niño, todavía sin levantar la mirada.

–¿Qué recuerdas de ellos? –le pregunté.

–¿Ah?

–¿Qué recuerdas de Lola y Miguel?

–Pues que eran muy buenos. La señora Lola era muy guapa y el señor era muy alto, tan alto como usted –me dijo–. Era jugador de *basketball*.

–Yo también lo soy. Fuimos compañeros de equipo.

–¿Qué más recuerdas de ellos, Adrián? –preguntó Fabio.

–Pues que me dieron mucho cariño. Me invitaron a su hotel. Un hotel muy lindo para turistas. Allá por la Setenta. Me invitaron a almorzar. Doña Lola me compró ropa. Me compró estas deportivas –añadió, señalando con la barbilla el calzado que llevaba.

–Santiago se pregunta si tienes ganas de volver a verlos –dijo Fabio.

Entonces el niño levantó los ojos. De repente su mirada era ávida, llena de sorpresa y también de alarma. Tardó unos segundos antes de asentir con la cabeza.

–Ellos también desean volver a verte –anunció Fabio–. Pero antes necesitan saber cómo estás, y si estás dispuesto a cambiar para iniciar una nueva vida.

El niño parecía abrumado. Se quedó muy quieto, con la mirada perdida, sin saber qué hacer o qué decir. Como si se preguntara qué significaba aquella revelación y qué consecuencias inmediatas podía tener.

–¿Han venido con usted? –se atrevió finalmente a preguntarme.

–No. Ellos están en Barcelona. Yo he venido como mensajero. A decirte que no se olvidan de ti y que quieren tratar de llevarte con ellos. No tienes familia, ¿verdad?

–No, señor...

–Hay una posibilidad –le interrumpió Fabio–. Una sola oportunidad para lograr que estéis juntos, ellos y tu, quiero decir. Pero para que esa oportunidad se dé, es indispensable cumplir una serie de requisitos, Adrián. Para que ellos puedan llevarte tienes que obedecer un montón de indicaciones y aceptar unas normas.

–¿Qué normas, pues?

–Me refiero a ponerte en manos de la Fiscalía, por ejemplo. Y vivir durante un tiempo en un centro o con una familia de sustitución, y asistir a entrevistas... Ese tipo de normas.

El niño se quedó callado de nuevo. Me miró entonces como se mira a un enemigo. Y eso me asustó.

–Lleva a Santiago a tu habitación, Adrián. Muéstrale tu cama, y enséñale tus cosas. Tal vez conservas algún recuerdo de los señores que conociste en la Feria. Habla con él.

Adrián conservaba una pastilla de jabón, pequeña y envuelta en un papel blanco brillante, del hotel en el que se alojó con mis amigos. También, como ya dijo, conservaba las deportivas. Nada más. Le pedí que me contara por qué no se había despedido de ellos tras madrugar la segunda noche. Me aseguró que no le gustaba despedirse.

Me confesó que esa mañana se quedó escondido por los alrededores del hotel en el que mis amigos se alojaban. Adrián quiso verlos salir acarreado las maletas, y cómo las colocaban luego en el portaequipajes del taxi que les aguardaba en la puerta. El niño gato quería poner punto y final a su sueño. Lola y Miguel no lo vieron.

–Se montaron en el carro. La señora estaba más bien triste. Y entonces yo me colé en el metro y me fui para el centro, para Parque Berrío. Caminé todo el día. Llevaba un poco de plata que los señores me habían dado. Compré algo de comer. Me dirigí a la oficina de Bienestar Familiar y pensé si entrar y hablar con la funcionaria. Pero no lo hice. Y entonces me encontré con un amigo. Nos pillamos unos palos y nos fuimos, como casi cada día, a la 48, la avenida Los Industriales...

–¿Qué hacíais allí? –le interrumpí.

–Probábamos los neumáticos de los carros cuando los semáforos estaban en rojo. Dábamos golpecitos a las ruedas para comprobar que estaban bien hinchadas y tranquilizar a los conductores. Algunos nos daban unos pesos.

Por más que insistí, Adrián no me contó nada más sobre su vida desde el día que dejó a Lola y Miguel hasta que ingresó en Faro.

Le pedí que no hablara con los compañeros del propósito de mi visita. Y que él valorara lo que le había propuesto Fabio. Darse una oportunidad comportaba seguir un proceso largo en instituciones o familias de sustitución hasta que mis amigos consiguieran la custodia. Lola y Miguel vendrían a Medellín a visitarle, por supuesto, pero él tenía que asumir unas responsabilidades.